Salaverri, Vicente A.
La visión optimiste


Tomo I.
EDICIONES SELECTAS
AMERICA
Núm. 12
CUADERNOS MENSUALES
DE LETRAS Y CIENCIAS
VICENTE A. SALAVERRI
LA VISIÓN OPTIMISTA
DIRECCIÓN:
Avda. MONTES DE OCA, 1700
BUENOS AIRES
1919

A LOS LECTORES

Con este cuaderno completamos el primer tomo de nuestras ediciones mensuales.

A partir del próximo mes de Enero editaremos dos cuadernos por mes y trataremos en lo posible de mejorar nuestra presentación gráfica, el papel, y también la calidad de las colaboraciones; pues contamos con la promesa expresada de los mejores escritores del país y del exterior.

Fieles a nuestro programa esbozado en el número inicial, seguiremos trabajando por robustecer los vínculos entre los obreros espirituales de la Argentina y de las repúblicas hermanas y trataremos de que cada tomo de nuestras ediciones sea un digno exponente de la cultura americana.

Condiciones de Suscripción

Argentina:	Por año	$ m/n		5.—
	» seis meses	»	»	2.50
	Número suelto (en la Capital).	»	»	0.20
	» » (en el Interior).	»	»	0.25
	Número atrasado doble tarifa			



VICENTE A. SALAVERRI

LA VISIÓN OPTIMISTA

DIRECTOR:
SAMUEL GLUSBERG
BUENOS AIRES
1919

RETRATO.

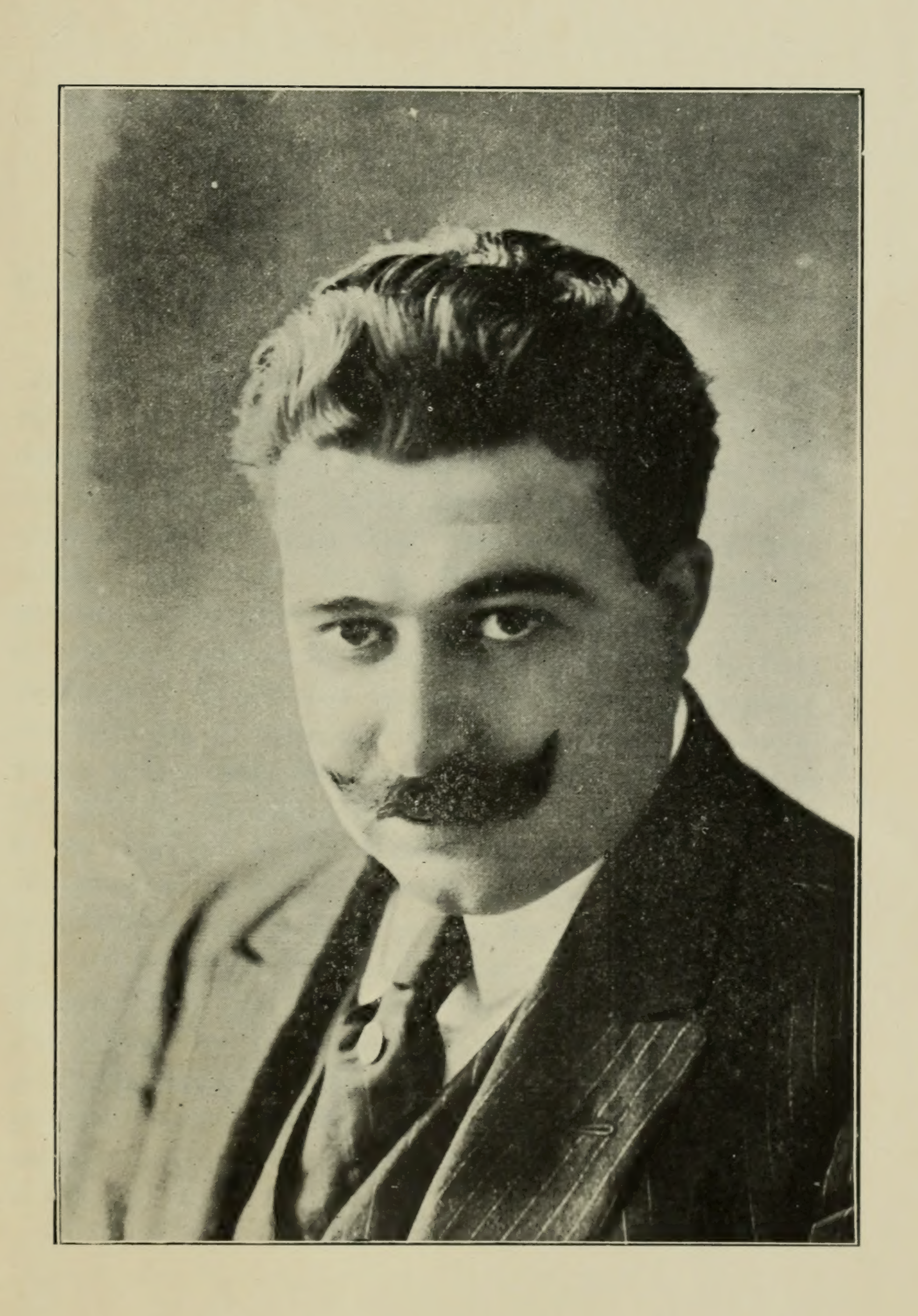
Nos vino de las tierras magnánimas de España;
A Góngora y Quevedo traía en su maleta;
Tejió con hilos de oro la blonda telaraña,
La estrella en que columpia su alma de poeta.

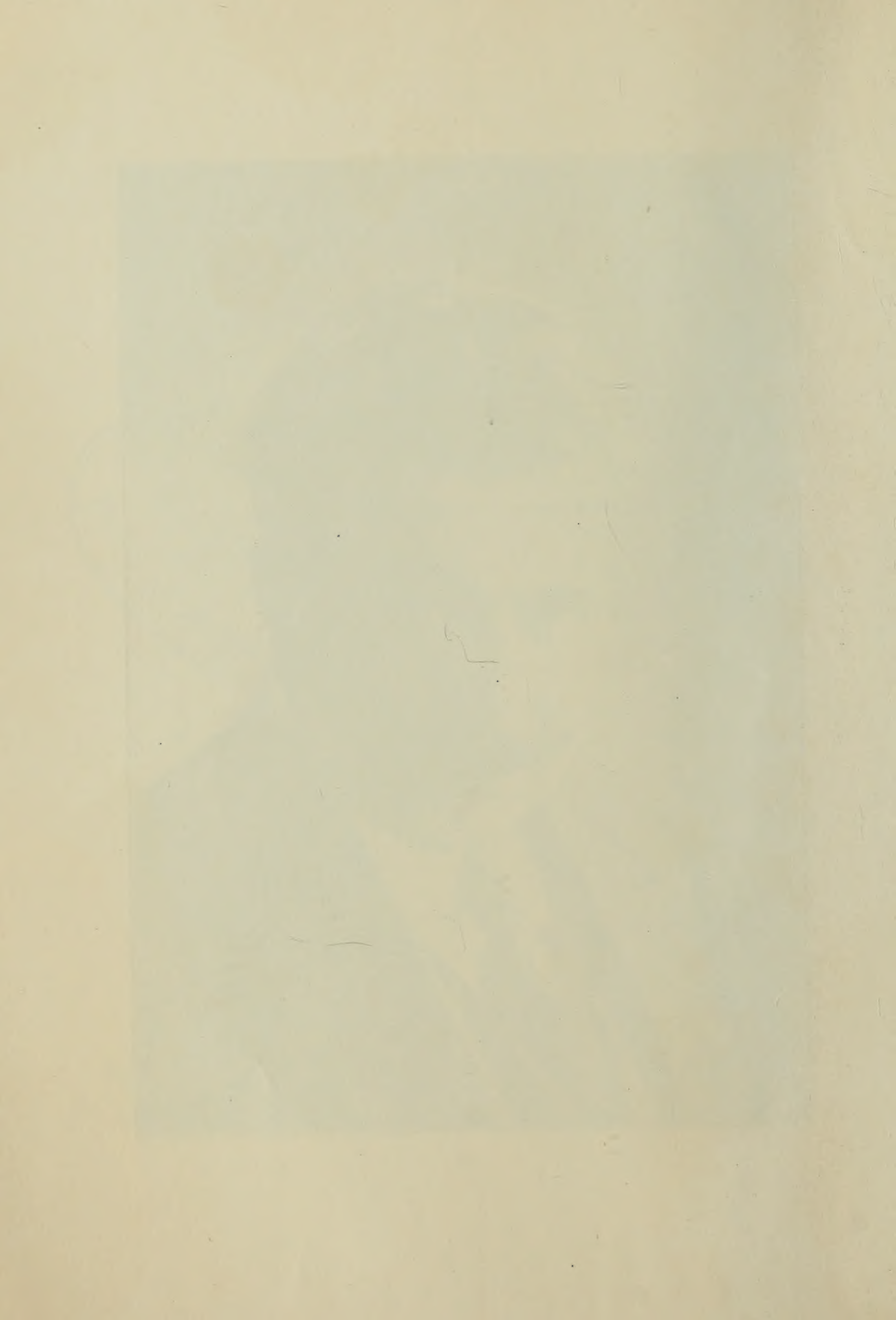
Conversa en sus romances la rústica cabaña
O suena de los parques reales la trompeta;
El va con los rocíos al lirio o la violeta,
O va con los corderos de su arte a la montaña.

Acaso en sus floridas nostalgias ve la reja,
Donde su gallardía dejó un beso, una queja
O el aleteo incierto de un tímido secreto.

Y, como un caballero de lírica figura,
El pasa en pos de alguna romántica aventura
Por las catorce calles, a sol, de este soneto!

Guzmán Papini.





CONFESION INICIAL.

Lector: Sé lo que estoy haciendo ahora, pero en cambio he olvidado lo que realizara ayer. Pienso en lo que debo ejecutar mañana. Ignoro que va a ser de mí a la vuelta de unos años. No me importa el pasado ni el porvenir remoto. Mi lema dice: "Adelante; despacio, pero siempre adelante". Marcho lleno de fe, animoso, sin preocupaciones, seguro de que ha de sobrevenir el día en que me imponga. Si muero antes, nadie habrá logrado quitarme la satisfacción que me depara ahora esta plena confianza en el triunfo. Cómo mi norma de conducta, yendo por la vida, fué hacer que me debieran más de lo que yo nunca he adeudado, serán varios los que lamenten la desaparición de un hombre que resultó útil a sus contemporáneos y a su tiempo. De ser hipócrita, estas declaraciones no las haría jamás. Maxime que ellas pueden ser interpretadas como jactanciosa expresión de ergotismo. Pero ¡no vivo para mí! Vivo para mi época. Por eso escribo. Y cuando trato temas de un brutal subjetivismo, como éste, me dirijo a los jóvenes. Aspiro a que la juventud que me lee, tenga voluntad. Me esfuerzo para ser un ejemplo. Desearía estar alto para decir luego a cien espíritus luchadores:

—¡Hasta aquí se llega!

Exalto el trabajo, porque me parece máxima manifestación de generosidad, de nobleza. Se trabaja para uno, pero el beneficio lo experimentan todos. Hacer grande el ambiente: he ahí un magnífico ideal que yo propongo a los hombres de América. Nada de volver la vista al pasado, de enorgullecerse con lo que hizo un abuelo traficante, prócer o conquistador. Qué sea solo obra nuestra lo que nos acredite mientras vivamos. El que se aferra al pasado es un impotente. Un corifeo lo ha dicho:

—Los pueblos vigorosos solo necesitan saber adónde van.

DEL CARACTER.

Educar no es hacer cobardes ni serviles a los niños. Es favorecer la formación del carácter. Estriba la educación en una especie de tutela moral, que nos permite, una vez hombres, manejarnos varonilmente, sin ser juguetes de nuestras propias pasiones. Un impulsivo vulgar es un ineducado. Y un educado puede ser hipócrita, sin que educación resulte—¡jamás!—sinónimo de falsía. Hay maestros que se empeñan en deformar el carácter de sus discípulos, creyendo que realizan una obra excelente. También el gaucho cree que doma al potro libre de las pampas, cuando lo acobarda con sus golpes salvajes y sus alaridos.

La educación consiste, más que en la extirpación de los defectos, en la aptitud para que prevalezcan en el individuo las condiciones positivas que lleva dentro. Todo lo que sea amenguar el valor de un muchacho resulta contraproducente a la larga. Las cosas no han de dejar de hacerse por miedo, sino por el convencimiento de que no se deben de hacer. Es preciso que el niño sea bueno, inteligente y valiente que su docilidad no raye en doblez. Que su optimismo no degenere en exceso de ilusión. Pero que tampoco sea pesimista. Que no espere nada de la suerte y confíe siempre en el esfuerzo. Que odie la inacción y la pigricia. Que vea en el trabajo la justificación plena de la vida. Que guste, no de lo más fácil, sino de aquello para lo cual tiene aptitud. Debe saberse que la vocación nace cuando se comprueba que hay una cualidad predominante. A dar

con esta, ha de ir dirigida siempre la atención de los padres y de los maestros. Creo que aun más que en la escuela, es en el hogar donde se moldea el carácter. Por eso reputo que el mayor síntoma de incapacidad, por parte de los progenitores, se halla en esos hogares donde hay tres o cuatro hijos (o seis u ocho) completamente distintos en materia de sentimientos. El hábil podador sabe que puede darle idéntica forma a todos los árboles de una misma variedad. Sin bastardear para nada su naturaleza.

LA MALA EDUCACION.

Habían de ser los ingleses quienes con su eterno, proverbial buen sentido, vinieran a decir la clase de enseñanza que necesita la juventud. Para la generalidad, ser educado es apenas acertar a reprimir en público los impulsos groseros. No expresarse con desgarro, no hacer cosas inconvenientes cuando se nos observa, vestirnos con corrección, valernos de frases untuosas que parezcan amables... Aunque luego, en la intimidad, broten de nuestros labios las frases más procaces y nos riamos de todos los que merecieron poco antes nuestros cumplimientos más rendidos.

En una palabra: es educado, en el concepto general, el que sabe fingir.

Tan difundida hállase esta opinión, que es lo más frecuente encontrarse con hombres de un humor agrio, cuyas palabras son meras impertinencias, que se jactan:

—¡Yo no tendré educación, pero soy un individuo sincero!

Mentira. Ni la grosería es franqueza, ni el fingimiento "buenas formas". Hace falta reaccionar. Y para reaccionar hemos de erguir, como un estandarte, el concepto británico sobre la educación.

—¿Cuándo se es educado? — preguntais.

A lo que se os responde:

—Es educado quien conserva la facultad de admirar. Quien no admira, es inculto. Reniego de ese feo vicio ambiente que consiste en tomar todas las cosas a risa. "La risa es bellaca" se ha escrito. Anatole France, espíritu superior y cultivado, sonríe apenas. Mas ¿cuánta amargura no hay en su sonrisa excéptica?... El dice que a la vida hay que darles por testigos la ironía y la piedad .No olvidemos, sin embargo, que habla un decepcionado. Quien mucho luchó y ha sufrido mucho. Esa sonrisa piadosa puede ser, en filosofía, una actitud.

Pero es ridículo hallarse con jovenzuelos inexpertos, cuya feroz iconoclastía se os antoja una postura salvaje. A nadie encomian y de todos murmuran. No ven cerca de ellos un hombre o una cosa que les admire. Ese hermetismo hacia todo lo que sea reconocer, venerar, les parece prueba inatacable de suficiencia. Y es apenas fruto de su rematada educación.

EL PLACER DE PENSAR.

—El placer, cuanto más escaso más deleitoso — decía Epicteto:

Guardaos de un hartazgo de placer. La vida es tanto más intolerable cuanto más se abusa de las diversiones. Hay sí, un gozo lógico que yo os deseo de todas veras: el de la buena obra realizada, sea simple trabajo o acción generosa. Cultivad, afinad vuestro espíritu. Hacedlo bien sensible a las emociones suaves. Saturad vuestra alma, para que la belleza la impregne como un perfume de Arabia al pañuelo de lino. Y sobre todo, mantened despierta vuestra voz interior. Que ella os hable en vuestros ratos de ocio, en vuestras soledades. Meditando, no hay tedio posible. Es preciso compadecer a esas pristinas gentes que aseguran se aburren apenas se acalla todo lo que es externa y gárrula polifonía. Los seres superiores gustan de aislarse con frecuencia:

—Mi dinero es de todos, pero mi tiempo no — protesta en un minuto de rebelde franqueza Amado Nervo.

Definiendo ese anhelo de apartamiento, decía Renán: "El amor a la soledad viene de ideas recónditas que todo lo devoran en torno suyo". Los hombres vulgares, de cerebro estéril, tratan de engañar la vida. Malgastan su tiempo inícuamente. Tienen la hora de la sobremesa, la hora del ajedrez, la hora del café... Nunca se pertenecen por completo, ya que, como escribió un pensador, nunca es el hombre tan dueño de sí como cuando, escarbando en la memoria, pónese a reflexionar. Es la reflexión el más alto timbre de nobleza. Las cárceles serán tanto más necesarias cuanto menos afectos a reparar en sus actos resulten los mortales. De un ser impulsivo, resulta un asesino; dadme un meditador y erigiré un apostolado.

¿Estoy predicando la inercia? ¡De ningún modo! Se puede ser, a ratos, hombre de acción y filósofo. El cansancio del cuerpo incita a buscar los rincones donde nuestras ideas pueden expandirse más holgadamente. Llenad bien la vida. Y ya está dicho que habréis de matizarla con trabajo y con pensamiento. Clarín decía que entre enseñar cosas del alma a gente que no la tiene, o empeñar un colchón, optaba por esto último. No debió ser sincero. Están ahí, como una protesta, las páginas de sus bellos libros, que millares de manos zafias debieron hojear. Todo menos encogerse espiritualmente, aunque corramos el riesgo de no ser comprendidos. Como expuso Ganivet, "el encogimiento espiritual es el más doloroso".

EL TRABAJO.

Barret decía que era una maldición. Y no exajeraba. Culpa de la época. Interrogad a cualquier obrero sobre el juicio que le merece el taller o la fábrica donde acude a diario:

—¡Tanto daría estar en la cárcel!

No otra será su réplica. Y no me digais que el proletario es un elemento anárquico, de desorden. Para que muchos años de tiranía burguesa — ¡la peor de todas las tiranías! — han dado al traste con la paciencia del siervo. Sin el egoísmo escandaloso del amo, no habría nacido la ambición del servidor. Se teme al trabajo por lo mismo que se realiza en pésimas condiciones. El hombre tiene tendencia a ser útil a la sociedad. Pero la sociedad o le persigue o le oprime. Si le gusta a usted ser picapedrero, ya se arreglarán de modo que tenga que hacerse albañil. Si toma con agrado un cometido, han de hacer porque le cobre al oficio de sus preferencias una franca repulsión. Y esto es tan verdad que (pueden ustedes constatarlo contínuamente) no hay padre que apetezca para su hijo la profesión que abrazó, henchido de bríos y optimismo, en lo más florido de su juventud. El niño gusta del trabajo. Observad con que delectación, para divertirse, amasa adobes o acarrea piedras. ¡Qué orgullo, cuando os señala el montón de leña que os ha traído!

—¡Todo eso lo cargué yo!

Pero se hace adolescente. Le tomais a sueldo. Y es tal el fino arte con que se le trata, que al medio año es un enemigo declarado del capital. (Del capital ajeno). He visto patrones pimpantes, de tal modo ambiciosos, que me daban la sensación, con sus contínuas órdenes, de que estaban sacando, en "jirones de salud", los pocos pesos que a principios del mes entregaban a sus empleados. El trabajo anda mal repartido por el mundo. Y así se explica que el minero, héroe anónimo —¡más héroe aun que los que caen en las líneas de batalla!—tenga la necesidad de permanecer siete u ocho horas bajo la superficie de la tierra. Es el complemento a los cien o doscientos mortales que no se afanan por nada: parásitos de la colectividad. Creo que si nuestro desprecio hiriese a cuanto ocioso malgasta su tiempo en la calle, el café o el club, todos tratarían de

justificar, ante sí mismos, los años que van viviendo. Tiempo llegará en que el trabajo sea certificado de nobleza. El tiempo de los estériles aristócratas habráse hundido. Los hombres serán fuertes, las mujeres animosas. Por comparación han de parecernos despreciables esos jovenzuelos rezagados, que apenas si hacen otra cosa que decir majaderías galantes, mientras danzan en los salones.

—¿Triunfamos?... Los amigos nos felicitan. ¿Fracasamos?... Los amigos se felicitan.

LA VIRTUD DE LA INCONSECUENCIA.

Hemos aceptado una porción de conceptos necios que deberíamos desconceptuar. Entre esos "conceptos desconceptuables", hay uno que está reclamando crítica.

Presentémoslo sin tardanza:

—¡Hay que ser consecuentes!—dice el vulgo a cada paso.

A todos nos han reprochado una inconsecuencia, un error en nuestra vida. Nos lo han reprochado invocando el "sacrosanto" nombre de la consecuencia. ¿Consecuencia con qué?... ¿por qué?... Decía Rodó que renovarse es vivir y Gabriel D'Annunzio plantea este angustioso dilema: "Rinovare o morire". Toda vida es una larga cadena de actos distintos, de imitaciones. Cada día que transcurre aprendemos una cosa nueva, ampliamos nuestro paisaje. Y si cada vez miramos más ¿qué de extraño tiene que evolucionen nuestras ideas?

—Usted no piensa hoy como hace cinco años—ós dirán con tono de reproche.

Y vosotros tendríais perfecto derecho replicando:

—Es verdad. ¡Y ahí tienen ustedes una prueba indudable de que pensamos!

Los que piensan en la madurez como pensaron en la

mocedad, no han pensado nunca. Porque sin cambio no hay conciencia. Creo fué Unamuno quien dijo "como la conducta de todo hombre que de veras vive, es una continuación, ratificación y rectificación de su pasado". Lo contrario es ser víctima de la consecuencia más absurda y tiránica. Me irritan los hombres fracasados que disculpan su incapacidad diciendo:

—¡Yo he sido siempre un hombre consecuente!

Quieren significar que no se adaptaron, cuando, en rigor, lo que sucede, es que fueron vencidos por su propia inercia. Al adoquín que se queda inmóvil donde quiera que lo dejan, prefiero el reloj, ese artilugio pequeñito cuyas ruedas no dejan de girar y cuyas manecillas sabias me marcan ahora las dos, luego las tres y más tarde las cuatro... La consecuencia por la razón, es admirable. En cambio la consecuencia por la consecuencia es una cosa triste. Yo debo ser consecuente con algo, en tanto ese algo es verdad para mí. En cuanto descubro la incongruencia o el error, mi deber es confesarlo. Con nadie debemos guardar tanta fidelidad como con nosotros mismos. Imagínese la insensatez que habría en las afirmaciones de uno que fué ciego:

—Yo digo que la luz es azul porque así lo creía antes de recobrar la vista.

SIN RETRATO.

"Gentes que han perdido su retrato" denomina un ingénio contemporáneo, Marquina, a los que no aciertan a definir su personalidad, llámense escritores, pintores o músicos. Y pueden ser incluídos en el grupo también, los que no logran tejer con los actos de su vida la silueta de un carácter. Los que para no perderse en el ingente montón de los anónimos, necesitan de un título, de un cargo, de tal o cual protección. Ese que acude en demanda de una influencia: "Póngame en el comité

tal o cual, deme este o aquel cargo para que el público sepa que existo'', ese es un hombre que ''ha perdido el retrato''.

Y han perdido el retrato todos los que conquistaron nombradías momentáneas, sin llevar dentro de sí el sello del talento, el tropel de la virtud o el zarpazo de esa audacia que hizo inmortal a un simple criador de cerdos como Pizarro. Fombona, con agresiva espontaneidad, decía que los títulos universitarios servíanle, como una etiqueta llamativa al brevaje inócuo, para disimular su insignificancia, a los nulos. ¡Los nulos! He ahí la verdadera gente que ha perdido su retrato. Y es triste eso de no sobresalir por nada, de no destacar en nada. Don Quijote, alto, magro y arremetedor, tiene carácter; también lo tiene Sancho, pingüe y sentencioso. Mas, a nuestro lado, pasan todos los días infinitos congéneres de los cuales no puede decirse lo mismo. Entre ellos, hay algunos que barajan corcheas y semifusas; los hay que echan discursos; otros acometen la heróica empresa de zurcir un libro. Pero a todos les falta gallardía, destreza, alma. . .

Es prodigioso que un escritor trace cuatro líneas inconfundibles, típicas, en tanto otro no logra dar una impresión personal con veinte volúmenes. Decía Zola que basta una página vivida para ser interesante. La dificultad estriba en eso: en tener sensibilidad. Porque la mayoría de los mortales, danzan el tripudio de su existencia como autómatas. Éllos pasan por el paisaje. Pero el paisaje ¡ay! está lejos de ellos. Todo el que pone alma cuando realiza algo, da una impresión de fijeza y verdad. Abundan los seres incoloros, desvaídos, por lo mismo que no son muchos los que saben apresurar, con el espectáculo multánime de la vida, el ritmo trágico de su pecho, ''Llave y entendimiento que no se usan, llénanse de herrumbre''; sentenciaba Franklin. Lo mismo sucede con los corazones.

PLEBEYISMO.

Pero el poseer "carácter" tiene sus quiebras. ¿Por qué solemos ser tan inflexibles con los sujetos que se distinguen?... ¿De donde emana ese afán de querer mutilar los individuos justamente por lo que de más personales tienen?... Si una mujer se viste de modo peculiar, todas las que no logran sobresalir con su elegancia dirán horrores de la "osada"; si un poeta se deja melena, los que nos cortamos el pelo quincenalmente veremos al "audaz" con antipatía; si un escritor tiene estilo característico, los embadurnadores de la prensa harán porque el vulgo entienda que aquello es defectuoso, cuando no grotesco. Parece que existiera el horror a todo lo personal, a cuanto puede diferenciarnos de la masa. Si ustedes se ponen, porque les gusta, una agria corbata verdegay, cien bocas crueles han de comentar iracundas:

—¡Es un excéntrico!... ¡Todo por hacerse ver!...

No se concibe que nadie haga algo distinto respondiendo a una inclinación anímica. Y esto es todo un síntoma de atraso, de intolerancia. Plebeyismo, que dicen ahora. Plebeyismo es nuestra curiosidad aldeana y cierta irreprimible malevolencia que por lo común, va tras de aquella. Basta que una mujer hermosa se singularice un día, o un hombre de talento se ponga mañana una cosa rara, para que el comentario hostil persiga o raje. Destacar con la inteligencia es grave pecado. Con la indumentaria y el genio, falta que solo a fuerza de años y arrepentimiento, cuando no con la muerte, se perdona! Por eso los artistas, tan díscolos a los usos establecidos durante su primera juventud, van suprimiendo luego los sombreros aludos, las pipas agresivas, las corbatas profusas y las crenchas dandetianas a medida que entreveen, merced a sus progresos técnicos, la posibilidad de entrar en sociedad. Ninguna dama "distinguida" llamaría, para que le hiciera un

retrato, a un pintor melenudo. Los hombres vulgares y cautos creen de buena fe que todos esos aditamentos bohemios suelen ser cosa falsa:

—¿Por qué no se viste usted como todo el mundo? —aconsejan, llegado el momento, al "arbitrario" que se les pone a tiro.

No saben que el sacrificio de un rasgo personal cualquiera equivale a una amputación. Afectar es poseer. "La afectación es la expresión más natural de la sinceridad", escribe Pérez de Ayala, recordando de paso aquel dicho de La Rochefoucauld, que fía es la peor de las afectaciones la de la naturalidad.

Desde otro punto de vista el hecho en sí de llamar la atención, importa un gesto casi generoso. El dandy merece nuestra gratitud, desde que merced a su original atildamiento llega a ser un interesante espectáculo para nosotros. Prueba de que nos considera desde el momento en que se acicala. Si sintiesen por los semejantes el frío desdén de cualquier hombre vulgar, D'Annunzio, Rusiñol, Barrés, etc., aparecerían súcios, despechugados, en mangas de camisa. Estos países de América, no pueden sustraerse todavía al plebeyismo. Día llegará en que las cosas cambien de sentido. Entonces a ningún transeunte ha de ocurrírsele eso de ir burlón a mirar como sujeta el monóculo un hombre que detesta las consabidas gafas.

PLENITUD.

Lo primero que hemos de hacer en la vida, es vivir. Y vivir es prodigarse. Sin la prodigalidad no hay juventud posible. En cuanto le vemos el pro y el contra a todas las cosas, estamos perdidos. Somos calculadores, es decir: ancianos. Ancianos aunque nos falten cumplir los 25 años. La primera prueba de que se es joven, consiste en rebelarse contra el orden de cosas establecido.

Sin una juventud bizarra, agitada y multiforme, no hay personalidad futura. Seguid vuestros impulsos a medida que los vayais experimentando y, sobre todo, dejaos arrastrar por vuestra vocación. Ningún oficio o carrera es más ni menos. Será más cuando vosotros le deis realce; menos, cuando el título solo sirva para perderos en el "montón". No se trata de resultar, a la postre, médico, o constructor, o ingeniero, diciendo verbigracia: "Me gusta la abogacía, pero lo veterinaria produce más", miro de hacer conciliables, con la dedicación futura, las inclinaciones del presente. La mitad del dolor, en la vida, proviene de que casi todos son lo que no hubieran querido ser. Y más que el destino, es el afán de lucro quien nos induce a equivocar las sendas. Hasta que llega el día en que tenemos un "modus vivendi", pero ninguna ilusión, con lo que nos consideramos los hombres más infortunados del universo.

A medida que vayamos viviendo, esforcémonos por comprender. Y el día que lo comprendamos todo, nuestro espíritu habrá envejecido. Pero entonces ya no lo sentiremos, porque el perfume de nuestra agitada juventud extinguida será a manera de bálsamo sobre las desgarraduras qué, lógicamente, ha de sufrir, en los embates de la existencia, todo espíritu sensible. Habrá nacido en nosotros un sentimiento nuevo: la tolerancia. Esta virtud — pues no hay duda que de excelsa virtud se trata, — hará desaparecer de nuestra alma todo germen de odiosidad. Sonreiremos o suspiraremos ante las debilidades y equivocaciones del prójimo, pero con una sonrisa bondadosa o un suspiro fraterno. Y será entonces cuando adoptemos nuestra posición definitiva frente al mundo, encontrando al fin ese universo que como dice Onis, "con nosotros nace y con nosotros muere."

LA AMBICION.

Nada más lógico que la ambición en todo ser humano. Me fastidian los hombres sin ideal, y véase que llego a denominarle así hasta a la propia ansía de mejoramiento físico:

—¡Yo quiero ser atleta!—dice de pronto un mozancón membrudo.

Perfectamente. La cuestión es ser algo preeminente, llámese sabio o bandido, legislador o púgil. Desde muchacho, he pensado como en cosa codiciable, en la evolución. Evolución ascendente. El cambio para la mejora. ¡Cómo me deprimía cuando iba a un teatro y me encontraba cantando en el coro al corista de todos los años:

—¿Es posible que este hombre no se haya erigido en tenor, en barítono, en algo de más categoría?

Ahora lo comprendo todo. El mundo, por culpa de los mismos hombres, es una enorme caja de cifras. Están los 1, los 2, los 3... Y luego una considerable profusión de ceros. He ahí algo para especular. Nuestra preocupación debe encaminarse a conseguir ser cifras iniciales. Cuanto mejor número logremos por nuestro esfuerzo inteligente y perseverante, mayor seguridad de triunfo. Los ceros los computaremos después, con un sacrificio relativo. Ved sino lo que pasa en el campo político y, en general, siempre que para cualquier asunto convócase a elecciones. Lo difícil es llegar a número prominente. Pero esto se consigue con talento, con actividad, con constancia y, a veces, basta con alguna decencia. Se habla de "la suerte" entendiendo por suerte un conjunto de circunstancias favorables; mas en rigor, lo lógico es que las circunstancias se las prepara uno mismo:

—¡Qué potra!—se asombra Pero Grullo—¡Siempre que Pérez va a un duelo hiere al contrincante!

¡Claro! Cómo que Pérez, en previsión de que le man-

den padrinos, puede decirse que no falta a la sala de armas un día. Desde que aliento—y a fe que van hundidos unos cuantos años—no he visto a nadie, "mimado de la suerte", sacándose la lotería sin haber comprado billete. Si antes no se ponen los medios, será en vano obstinarse en conseguir un éxito. Todo hombre luchador acaba por imponerse, en tanto los abúlicos y los timoratos se van quedando rezagados. Tiene que ser así por fuerza. Entre el miedo y la audacia no caben comparaciones. "En la escuela de guerra de la vida—escribió Nietzsche—lo que no me mata me hace más fuerte". No calculeis sobradamente vuestros actos. Todo lo que se piensa demasiado suele dejarse de hacer. Mirad las cosas con optimismo. ¿Hay satisfacciones, ventajas?... ¿Sí?... Pues pleguemos un poco los párpados para no descubrir de golpe todos los inconvenientes. Cuando surjan estos, estareis a la mitad del camino.

EGOISMO VITAL.

—¡Sed duros!—aconsejaba Gracian.

Después de él, vinieron numerosos exaltadores del egoísmo. Nietzsche fué sin duda quien hizo esa prédica con mayor eficacia y talento. Como siempre sucede, a Nietzsche lo comprendieron mal. Y su filosofía ha servido para que se abroquelen tras ella infinidad de espíritus inciviles. El egoísmo en sí, no puede ser antipático. Un egoista que se respete, es ya un hombre que respeta a los semejantes: Tan poco egoista, en el sentido trivial de la palabra, fué Nietzsche, que se atrajo el odio de sus compatriotas, diciendo en público todo eso que otros mortales—igualmente perspicaces, pero mucho más cautos—expresaron a cada momento en privado.

De todos los hijos de Adam, son los "menos egoistas" aquellos que mayor desazón nos producen. Por falta de

egoísmo, ni siquiera se aprecian ellos. Si su propia vida no les angustia, ¿cómo hemos de hacerles partícipes de nuestras congojas y nuestras inquietudes? La reforma del futuro—tendiendo a mejorar la suerte de la humanidad doliente— no la llevarán a cabo los grandes rebeldes, sino los grandes egoistas. Y la harán, antes que por voluptuosidad reivindicadora, por cálculo. Hacía notar Molinari que, actualmente, corre menos riesgo de morir un asesino de profesión que un laborioso minero. ¿Imaginais el peligro?... El día que este veracísimo concepto revolucionario se difunda, una amenaza inmensa ha de cernirse sobre todo el orbe. La mejor manera de rehuir las convulsiones sociales es plantear abiertamente el problema que la propia civilización nos ha traído y el progreso ahonda cada vez más. No hay valor para tanto y lo escamoteamos por medio de leyes arbitrarias.

La filantropía, en el fondo, quizá no pasa de ser un afán egoista. La impone el propio instinto de conservación. Conservación, no solo en lo material, sino en lo psíquico. Toda riqueza es envidiada. El ser rico crea ya una atmósfera desfavorable al Creso. Es preciso, pues, arrojar una piltrafa a los famélicos, para que dejen de perseguirnos sus aullidos. Ved ahí el origen de muchas donaciones que cacarea la prensa y la razón de que se edifiquen algunos hospitales de caridad. El egoísmo del inglés se nos antoja magnífico, porque ni hostiliza ni oprime. "Vivir y dejar vivir", no otro parece ser su lema. Sabia lección que debieran de aprovechar estos señores que de contínuo expresan en la oficina o el paseo:

—¡Nunca pude ser egoísta!

Y por "magnanimidad" se ocupan de medio género humano, sacando a relucir cuantos defectos o debilidades sorprenden en este amigo y aqueste contrincante. Mirar para su interior sería "interesado". Máxime si la negra zarpa de la envidia hállase allí escondida...

LA MALDAD.

En una página admirable, Leopoldo Lugones ha dicho de la maldad como accidente patológico. Tienen un cinismo aparente las reflexiones. Ese cinismo estriba "en que se atreven a expresar lo que todos callan por cobardía". Advierte, explicando el origen de la tolerancia para con los defectos de los hombres:

—Esto es lo difícil, pues con la bondad (es decir: sin defectos) nada cuesta ser bueno.

Óiganlo esos graves señores que alardean de ecuánimes porque reconocen un poco—¡solo un poco!—de lo "mejor" que hay en los adversarios. Lugones entrevee tiempos menos bárbaros, en los que se resuma la teoría y la práctica del bien "en el perdón infinito". Porque, como hace notar, los defectos no son sino enfermedades morales. Lo expresa bellamente: "La falta es un accidente patológico, y he dejado de condenarla, pues esto me parece tan horrible como castigar a un semejante porque le descubrí una llaga". Si este concepto fuera admitido por todos, sobrevendría una época más humana, de comprensión y de piedad. Pláceme reeditar palabras de Lugones que refuerzan una obstinada campaña mía. He sostenido que cada hombre da a la vida lo que tiene en el espíritu: unos generosidades; perfidias otros; aquel consuela; éste intriga; esotro hará por amargaros una bella hora de satisfacciones, de triunfo. ¿Habréis de irritaros contra los malos? No. Antes al contrario: es preciso que se tenga para los pérfidos la más profunda compasión. Recibís un anónimo. Se os hiere de la manera más inícua. El aplomo desaparece:

—¡Mataría a este bellaco!

No. Si le descubrís, tratadlo dulce, piadosamente. Como si no os hubiera causado ningún quebranto. Él no tiene la culpa, si no quien le dotó de un mezquino corazón cobarde.

LOS ENEMIGOS.

Un enemigo, es siempre un factor importante para quien aspira a que le tengan en cuenta; para quien apetece progresar. "Del enemigo el consejo" reza un adagio antiquísimo. Recibido el consejo, basta hacer lo contrario de lo que se nos dijo, en la seguridad de que habremos acertado. El enemigo es para el luchador lo que la boya luminosa para el barco que avanza entre las brumas de la noche. Con dejar distancia de por medio, habremos salvado ya un escollo. ¡Desdichados los que en su paso por la vida no vean erguirse junto a ellos la planta híspida de la antipatía o el odio! Sin censuras, los elogios caen en el vacío. Lo estamos viendo todos los días. Un vate desmedrado compone un libro hético; los amigos le tejen una guirnalda de elogios rimbombantes; le llaman Heine, que es la mejor manera de matar con un solo tiro a Heine y al poeta novel; nadie arruga el ceño; a lo sumo tal cual sonrisita irónica... El vate, intelectualmente, ha muerto. Ha quedado, dentro de los ditirambos, como en un ataud. Nunca nadie podrá resucitarlo. Pero que se empiece a vapulear a un artista... Como tenga condiciones, se impone, ¡vaya si se impone! Es cuestión de que trabaje con entusiasmo.

Sin la campaña terrible que se le hizo a Zola, lo más vigoroso de su obra tal vez aún no se hubiera popularizado. El sentido práctico de los alemanes les ha hecho forjar este proverbio: "Tener muchos enemigos es grande honor". Nuestras gentes, aun las más incultas, cuando ven que se ataca mucho a una persona es cuando principian a darle importancia: "Nadie tira piedras a árbol que no da fruto", sentenciaron de un modo cauto e infalible. El enemigo nos enardece, dándonos mayores arrestos para la lucha; además, como suele ponderarnos algunas condiciones, a fin de que no caigan en el vacío sus dicterics, resulta que nos hace un favor. Bastaría con lo primero. Decía Barret que la vida sin lucha es olvido

y es muerte. "La admiración que no es envidiada, resulta indiferencia."

Si fuéramos verdaderamente perspicaces, una buena parte de nuestro esfuerzo lo dedicaríamos a "cultivar enemistades", empresa bastante menos dudosa que el cultivo de la amistad. "Solo la tierra no engaña—me decía, ya neurasténico del todo—el admirable Apeles Mestres". Completo su pensamiento aquí: Siembra usted semillas de claveles y le salen claveles; hinca una poda de rosal y le sale un rosal... Pero hace usted un favor a un hombre ...y es lo más seguro que le pique una víbora!"

MEDIOCRACIA.

•

Vale más caer en gracia que ser gracioso—dice el refrán. Eça de Queirós hizo una silueta definitiva del "Ilustre Pacheco" y de los individuos gregarios. Cuando José Joaquín Alves Pacheco se murió, "todo Portugal sintió su muerte". Y agrega el fino ironista de "La Reliquia": "Pacheco no legó a su país ni una obra, ni una fundación, ni un libro, ni una idea. Pacheco era entre nosotros superior e ilustre, únicamente, "porque tenía un enorme talento". Y aun ese talento que dos generaciones soberbiamente aclamaron, no dió nunca una prueba positiva, expresa, visible de su fuerza. El inmenso talento de Pacheco estuvo siempre callado, recogido en las profundidades de Pacheco".

Tengo para mí que en todas partes hay una porción de ciudadanos, ilustres al modo de este personaje portugués. Todo el mundo los acata, les reverencia... Cuando ponderais a quien acaba de realizar una cosa notable, los espíritus gregarios sonríen: "¡Bah, eso vale muy poco!" Y os citan en seguida media docena de Pachecos eximios. Resulta que no han hecho nada nunca. ¡Ah, pero no importa! Los grandes talentos han sido siempre perezosos. El trabajar, el desvivirse, es propio de hombres insignificantes; menos aún: de hormiguitas.

Es curioso comprobar la facilidad con que se imponen sujetos mediocres, que llegan a gozar fama de grandes inteligencias. En cambio, talentos positivos, luchan contra el desvío, contra la indiferencia del público. ¿Cómo va a ser Fulanito capaz de hacer un bello cuadro?... ¿Cómo ha de ser digno de buscarse el libro de Perengano?... ¿Qué tienen talento?... ¡Imposible! ¿Qué lo demuestran con una veintena de obras?... Error de apreciación. El talento lo detentan otros, unos cuantos señores que nada dicen, que nada hacen, pero que ejercen un monopolio del talento, como el vulgo "sabe muy bien".

¡Qué asombro cuando vemos que a estos desdeñados Fulanito y Perengano se les da importancia fuera del país. ¡Bah, no los conocen! Nosotros les tenemos en casa y ni los miramos. La admiración nuestra queda para esos genios que no han de legarnos, cuando se mueran, ni una obra, ni un libro, ni una idea. No hace falta. No por eso dejarán de haber sido grandes hombres. ¡Lo sabe todo el mundo!

LA SERIEDAD.

Por donde quiera que vamos el prejuicio nos ataraza. Tenemos mil falsos conceptos que ni siquiera se van con la vejez. El prejuicio de la seriedad es uno de los más generalizados y contumaces. "¡Es un hombre serio!" pondera la gente. Y el "hombre serio" resulta lo menos serio que pueda pedirse. Solo que la seriedad se confunde, a cada paso, con la rigidez y la parsimonia, dos cosas que los camellos y los asnos lucen de contínuo. Yo no he conocido un hombre más alegre que Jean Jaurés, con aquel su rostro como abotagado por el exceso de vida tumultuaria. Y sin embargo: ¿llenaron muchos mortales con mayor seriedad papel social tan importante?

La seriedad no tiene nada que ver con la parquedad, o la rigidez o el estiramiento. Mucho menos admite alianzas con el mutismo. Estamos cansados de ver personas que no hablan para hacerse las interesantes. Por hipocresía, por cálculo... "Simuladores de baja ralea". Lo dice Ingenieros: "Espíritus indigentes que ocultan en la penumbra del silencio la andrajosa miseria de sus ideas". La seriedad es cosa harto distinta. Solo somos serios cuando nos damos a la vida de un modo franco, amplio y generoso. Lo contrario de la seriedad no es la risa, sino la broma o la mentira. Por eso, como hace notar Pérez de Ayala, hasta los juegos, para divertir, han menester de seriedad: "Los juegos de azar son los más divertidos, porque son los más serios" afirma en un magnífico capítulo paradojal. La falta de seriedad está en lo insincero. Nadie más informal que quien simula. Ese comerciante ladino que oculta sus trapacerías, escudándose a cada paso tras de la protesta "¡Yo soy un hombre serio!" es ya un ejemplo.

Lo serio no excluye la alegría, ni la verbosidad, ni siquiera la risa. Pero reclama el desinterés y la franqueza. Estriba en una como "graciosa enajenación de la propia vida y voluntario sometimiento a una ley que nosotros no hemos creado". Víctor Hugo—lo refiere Ingenieros—presentaba el cerebro de los hombres solemnes como "armiño de la estupidez, sin una sola mancha de inteligencia". Pero si tácitamente elogiamos la risa, manifestación de bondad, de generosidad y de salud orgánica. La risa que surge en el momento preciso, como el traje de frac cuando llega una fiesta, sépase que aborrezco de la risa forzada. Esos individuos que todo "lo toman a la chacota", me molestan a la par de los hombres solemnes, porque se me antojan histriones. Hablen o escriban, máxime si les pagan por hablar o escribir así, resúltanme cómicos de la peor especie, ya que no fué siquiera la falta de "composición y hondura" lo que les indujo a mezclarse con la farándula.

LA MUERTE.

¿Cómo se explica que pueblos indiferentes ante el espectáculo eterno—la muerte—, respeten de modo absurdo a los muertos? Porque se diría que basta morirse aquí para que una actuación resulte intangible. Mientras viva usted, todo es amargarle la vida. Si trabajamos, dicen que la ambición nos domina; si permanecemos ociosos nos tildan de parásitos; si hacemos economías prudentes: "¡Oh que avaricia, cuánta sordidez!"; si se derrocha: "¡Cómo se conoce que no le cuesta mucho ganarlo!" No hay modo de acertar. A todo se le ve el exceso. Pero se muere el hombre más egoísta, o más ladrón, o más malvado, y todo son encomios. ¿Han visto ustedes un solo suelto necrológico en que no se le llame inteligente y laborioso, probo y humanitario al que se va de la vida? Si a ustedes se les ocurrió decir una vez de este usurero o aquella daifa: "¡Era de lo más cínico!", veinte, treinta voces se alzarían para amonestar:

—¡Un poco de respeto ante la muerte!

Mientras existamos, han de perseguirnos, de acecharnos, de calumniarnos... Pero no desespere usted—¡bravo consuelo!—: el día en que muramos nos glorifican. Y ved ya, triunfando de nuevo, el viejo concepto simbólico. La humanidad, sin duda, progresa muy despacio. Hombres inteligentes y mortales estultos, todos se confunden para dejar que subsista un estado de cosas ilógico, arbitrario. Y es así como Larra sigue teniendo razón cuando sentencia: "La diferencia que hay entre los necios y los hombres de talento, suele ser sólo que los primeros dicen necedades y los segundos las hacen". Todo es uno y lo mismo.

EL ESTOMAGO MANDA.

Nuestra idealidad, afortunadamente, no va muy lejos. Alegrémonos por nuestros hijos. Ser soñador en este mundo, es delito que se paga muy caro. Peligros por todas partes. Hace falta estar alerta constantemente. Y aun alertas y todo, los hombres más avisados, más sátrapas nos hacen sus víctimas a cada paso. Siendo poco idealistas, nos quedará atención bastante para defendernos. Sobre nuestra vulgaridad—vulgaridad de todos—no caben dos opiniones. Ha pasado otro primero de año, fiesta que ningún congénere deja de solemnizar. ¿Cómo? Bebiendo, devorando. . . He aquí otra prueba de que la humanidad progresa muy despacio. Larra ya escribió en 1836: ''El vientre es el encargado de cumplir con las grandes solemnidades''. Otros filósofos de la antigüedad no habían dejado de advertirlo. Moisés fustigaba la glotonería de sus coetáneos.

Todo está igual. Se hunden los siglos, desaparecen generaciones. . . Y el estómago erre que erre en su dictadura. Cuando llega una festividad no encontramos mejor fórmula que el hartazgo. Nadie dice: ''Voy a solemnizar esta efeméride del descubrimiento de América encerrándome en mi cuarto y leyendo una obra de circunstancias'', sino que advierte a su mujer, llegado el 12 de octubre: ''Hoy comida extraordinaria y que el champagne no falte''. ¿Para que tomarse el trabajo de meditar, siendo tan inefable digerir? Hoy por hoy no veo más líricos que esos cruzados del vegetarianismo, que se pasan los años languideciendo, engañándose el hambre con un repollo hervido.

LA DIGNIDAD.

La vida vale, en cuanto presta utilidad a los otros. Tenemos que sucumbir, en plena juventud, quien pro-

mete realizar grandes cosas. No tememos por él—"la muerte es una noche preñada de aurora"—sino por quienes se quedan sin los frutos que era lógico esperar de un gran carácter, de un gran corazón, de una singular inteligencia. Si no hay méritos y virtudes, la existencia del prójimo no nos preocupa. Es comprensible. Tampoco nos desvela el que un casucho ruinoso se desmorone al fin. "¡Bah!—decimos—¡No servía para nada!" Pero si supiésemos que la Alhambra se había caído o el Museo del Louvre estaba ardiendo, con todas sus magníficas obras dentro, ¿qué angustia, qué horrible impresión no habríamos de recibir? ¿Por qué? Porque nos consta, aunque no hallamos contemplado las famosas maravillas, que ellas son deleite de los sentidos, factores de cultura.

Nada es nacer y todo es vivir. Distinguimos de la "existencia vivida" la "existencia vegetativa". Vegetar, en el concepto que hasta el vulgo concede ya al vocablo, es hacer poco o nada digno, mientras ocupamos un espacio amplio o reducido del planeta. El árbol que sanea la atmósfera y el bacilo que destruye los pulmones, son igualmeste necesarios. ¿Son, en cambio necesarios todos los hombres? Es ser idealista, según Ingenieros, "vivir para los demás, nunca de los demás". ¡La dignidad de vivir! ¿Cuándo podramos proclamarla?

MODESTIA UTILITARIA.

No he conocido hombre alguno sin vanidad. Algunos, los más sencillos, tenían la vanidad de su modestia. Hay hombres que presumen de sabios, de valientes, de estudiosos, de despreocupados, de haraganes, de cínicos... La fauna humana es abigarrada y pintoresca. Sin duda, exteriorizar nuestro amor propio, es ya un rasgo de valentía. Porque parece que la superioridad, efectiva o supuesta, hiere profundamente el alma de los semejantes. Por el contrario, un falso sometimiento, da buenos re-

sultados al que lo practica. Decía un psicólogo que hay una modestia utilitaria que consiste en inclinarnos ante la vanidad de los que pueden hacernos algún favor. Esto explicaría curiosos fenómenos en la vida de las multitudes.

Mientras a un gran literato no se le acata nunca—en tanto vive—a cualquier politiquero le brotan como hongos los turiferarios. Pero es claro: el escritor ¿qué puede dar, fuera de alguno que otro libro, a los admiradores? No vale la pena rendirle pleitesía. En este caso, el sometimiento nos parece servil. Nos rebaja y achica. Nos rebelamos contra nosotros mismos: ''Sin duda, la obra es buena. Pero ¿quien no dice que esas ideas no fueron tomadas de un libro extranjero?''. En cuanto a los pensamientos del prohombre influyente, esos ni se discuten. Se aceptan y se ensalzan. Pueden ser magníficos, pero si no lo fueran, con un poco de ''modestia utilitaria'', comprendemos que jamás llegaríamos nosotros a exteriorizar nada semejante y ponderamos aunque sea en público: ''¡Pero amigo, qué talento tiene usted!'' Una frase de éstas, a veces, decide un porvenir. Los jóvenes de ahora lo saben. Y practican un culto que empezando en un acto público o en un folleto, acaba en la burocracia, con lo que se ve hecha realidad, la aparente paradoja de Vauvenarges: ''Siendo la vanidad la cosa más natural, hace, sin embargo, perder la naturalidad a muchos''.

INDICE

Pág.

FLORILEGIO por **Amado Nervo.**

Semblanza por Rubén Darío 2
Autobiografía (con retrato).
El agua multiforme 3
La Hermana Melancolía 5
Fragmentos de la raza de bronce 7
A Kempis 9
El metro de doce 10
Vieja llave 11
La Montaña 14
Suavidad 16
Gratia plena 17
Metafisiquéos 18
Resolución 19
El don 20
Todo yo 2í
La galera sombría 22
Amable y silencioso 23
En paz 24
Expectación 25
Tanto amor 26
Si una espina me hiere 27
Me marcharé 28
Benedictus 29
Dios te libre, poeta 30

LA MORAL DE ULISES por **José Ingenieros.**

Introducción 34
Autógrafo con retrato.

La moral de Ulises.

I La falsedad en la conducta 37
II El "divino" Ulises 44
III Del fraude a la sinceridad 53
Lecturas y Opiniones 58

Pág.

ESPIGAS por Almafuerte.

Introducción 66
Autógrafo (con fotografía).
Espigas 67
Páginas negras 70
Plebeyas 74
Al azar de las ideas 75
Evangélicas 87
Jesús 89
Lecturas y Opiniones 91
Algunas opiniones 93

OPALOS por Julio Herrera y Reissig.

Introducción 99
Retrato.
Opalos 103
Lecturas y Opiniones 123

CIELO Y TIERRA por Martín Gil.

Introducción 130
Retrato.
Prólogo 131
Primaveral 133
Nuestro cielo de abril 141
Diálogo nocturno 148
Lecturas y Opiniones 155

CANCIONES PARA LOS NIÑOS por Ernesto Mario Barreda.

Ernesto Mario Barreda (apreciación somera) 162
Retrato del autor.
Como nacieron estas canciones 163
La aguja 167
El martillo 170
La tejedora 173
El paseo 177
El pastorcito 181
El tambor 184
El sembrador (inédita) 187

AMADO NERVO por Eduardo Talero.

Eduardo Talero 194
Nuestro homenaje a Amado Nervo 195
Retrato.
Amado Nervo 197

Pág.

De "El arquero divino".

Primera página 209
Oración 210
Pudiera ser. 212
Para encontrarte. 213
¿Qué ansías?. 215
La vengadora. 216
El amor nuevo. 217
Lecturas y Opiniones. 219

CUENTOS DE AYER por Alberto Gerchunoff.

Alberto Gerchunoff (apreciación somera). 226
Retrato del autor (apunte de A. Bilis).
El día de las grandes ganancias. 227
El breviario del padre Albornoz 240
El ciclo heróico 247

RUBEN DARIO por Leopoldo Lugones.

Leopoldo Lugones 258
Retrato del autor (apunte de A. Bilis).
Rubén Darío 259
Lecturas y Opiniones 277

LOS CUATRO INFINITOS por Florentino Ameghino.

Dos palabras de Alfredo J. Torcelli. 282
Retrato y autógrafo.

Los cuatro infinitos.

Espacio, materia y movimiento. 285
El infinito materia 287
La constitución de la materia y el infinito movimiento. 290
Noción de espacio y noción de Dios. 294

La Vida y la Inmortalidad.

Carta al señor D. Carlos Moyano. 299

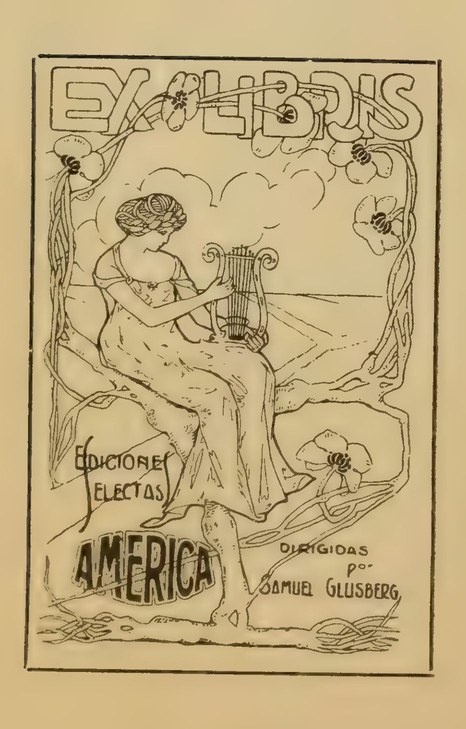
SELECCION LIRICA por Rafael Alberto Arrieta.

Apreciación somera por **Alvaro Melián Lafinur** . . . 314
Primera página 315
Evocación. 316
La florista 317
La fuente canta 318
Sol de la mañana 319
La copa 320
La limosna del sol 322
Mano infantil 324
El corazón ilusionado 327

Pág.
Peregrinaciones. 328
Canción de los días serenos. 330
Lieder. 332
El pasado. 334
La preferida 335
La voz. 337
La visión optimista. 338
Respuesta al amor. 340
La lámpara. 342

LA VISION OPTIMISTA por **Vicente A. Salaverri.**

Retrato (soneto por Guzmán Papini) 346
Confesión inicial 347
Del carácter. 349
La mala educación 350
El placer de pensar 351
El trabajo 352
La virtud de la inconsecuencia 354
Sin retrato 355
Plebeyismo. 357
Plenitud. 358
La ambición. 360
Egoismo vital 361
La maldad 363
Los enemigos. 364
Mediocracia. 365
La seriedad 366
La muerte. 368
El estómago manda 369
La dignidad. 369
Modestia utilitaria. 370


EX LIBRIS
EDICIONES SELECTAS
AMERICA
DIRIGIDAS por SAMUEL GLUSBERG

CUADERNOS PUBLICADOS

PRIMER AÑO

Amado Nervo	**Florilegio** III Edición
* José Ingenieros	**La moral de Ulises** II Ed.
* Almafuerte	**Espigas** II Edición
Julio Herrera y Reissig.	**Opalos** II Edición
Martin Gil	**Cielo y Tierra**
Ernesto Mario Barreda.	**Canciones para los niños**
* Eduardo Talero	**Amado Nervo.**
Alberto Gerchunoff . .	**Cuentos de ayer.**
Leopoldo Lugones . . .	**Rubén Darío**
Florentino Ameghino . .	**Los cuatro infinitos**
Rafael Alberto Arrieta .	**Selección Lírica**
Vicente A. Salaverri . .	**La visión optimista**

* **Agotados.**

En nuestra administración quedan algunos ejemplares del primer tomo de nuestras ediciones (376 páginas de lectura escogida en prosa y verso) que vendemos encuadernado en tela al precio de $ 5 m/n.
Los suscriptores tendrán derecho a optar al 15 % de descuento. Si usted se hace suscriptor ahora, gozará también de esta ventaja.

Lea Vd. en nuestro próximo cuaderno que aparecerá el día 1.° de Enero: **Versos de Negrita** nuevos poemas de amor, por Fernández Moreno.

Talleres Gráficos A. Ferriol, Rio Bamba 761 - Bs. As.